

## CAPÍTULO I

### EL SOLAR Y EL LINAJE

De su montaña un día bajó pobre y desnudo,  
con el grave secreto de un gran destino mudo  
y hundido como una prodigiosa simiente  
en el leonino surco vertical de la frente.

Rafael LÓPEZ

El 21 de marzo de 1806, equinoccio de primavera, Brígida García, esposa legítima de Marcelino Juárez, dio a luz a su tercer hijo, a quien al día siguiente, le impondrían el nombre de Benito Pablo, nacido precisamente, como predestinado, donde nacen también nuestras dos gigantescas cordilleras que cruzan a lo largo, el territorio mexicano y se antojan como si fueran dos brazos gigantescos que apoyándose en el tronco del Zempoaltépetl soportaran a la nación mexicana, cuya defensa y forja definitiva tuviera a su cargo, al correr de los años, ese niño nacido en la montaña.

Llama la atención un hecho hasta ahora ignorado o poco conocido de nuestra historia: por rara coincidencia, cuando nace Juárez, en 1806, el duque de Chartres —más tarde duque de Orleáns y posteriormente Luis Felipe I, rey de Francia de 1830 a 1848—, realizaba empeñosas gestiones para convertirse en monarca de México; seis décadas después, el 19 de junio de 1867 concluyen trágicamente, en el Cerro de las Campanas, las aspiraciones de la Casa de Orleáns al trono mexicano, con el fusilamiento de Maximiliano, el esposo de Carlota la infortunada nieta de Luis Felipe I.

Indígena de raza pura, Benito Pablo, fue nieto de Pedro Juárez y Justa López por la rama paterna, y de Pablo García y María García, por la materna; ¡jamás imaginaron padres y abuelos el glorioso destino que habría de forjar para sí y para su patria ese niño!, noble y aborigen, como aborígenes y nobles fueron los reyes llhuicamina, Ahuizotl y Moctezuma Xocoyotzin, cuya hermana Papatzin, quien bien pudo haber sido abamita de Juárez, en el año 1509 presagiara a

“unos hombres de color y traje muy diferente del nuestro; eran blancos y barbados ...” los que, cumpliendo el augurio, en 1521 demolió el imperio mexicano y esclavizaron a sus habitantes. Trescientos cuarenta y dos años después de la muerte del emperador Cuauhtémoc a manos de los hombres blancos y barbados, otro sublime indígena, haría ejecutar al blanco y barbado usurpador que ilícitamente pretendió ser emperador de México.

Benito Pablo Juárez García nació en la profundidad de la noche, en San Pablo Guelatao (Guélah, noche; dooc, honda), del distrito de Santo Tomás Ixtlán, como el pueblo natal carecía de templo en aquel entonces —el actual se construyó en 1825—, se le condujo a la cabecera municipal, a dos kilómetros de distancia, en cuya parroquia fue bautizado al día siguiente de su nacimiento, según se hizo constar en la partida número trece, a fojas ciento sesenta y cinco del libro de bautismos, que a la letra dice:

En la iglesia Parroquial de Santo Tomás Ixtlán, a veinte y dos del mes de marzo del año de mil ochocientos seis, yo, D. Ambrosio Puche, vecino de este distrito, bauticé solemnemente a Benito Pablo, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de Marcelino Juárez y de Brígida García, indios del pueblo de San Pablo Guelatao perteneciente a esta cabecera: Sus abuelos paternos son Pedro Juárez y Justa López, los maternos Pablo García y María García: fue madrina Apolonia García, india, casada con Francisco García, advirtiéndole sus obligaciones y parentesco espiritual.— Y para constancia lo firmo con el Sr. Cura.— Firmado: Mariano Cortabarría, Ambrosio Puche.— Es copia fiel y legalmente sacada de su original a que me remito, siendo testigos de su cotejo Francisco Ramírez de esta misma cabecera.— Ixtlán, Octubre 24 de 1865.— Firmado: José Antonio Márquez.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Clavijero, Francisco Javier, *Historia Antigua de México*, México, Editorial Porrúa, 1968, Libro V, p. 140.

<sup>2</sup> Tomado de Anastasio Zerecero *Biografía del C. Benito Juárez*, Puebla, Imprenta del Gobierno en el Hospicio, a cargo de José María Osorio, 1867. La versión de esta copia certificada es la que citan muchos biógrafos, Gustavo Baz, entre otros; desgraciadamente el libro de actas respectivo se quemó en el incendio de la Parroquia de Ixtlán ocurrido durante la Revolución. En la colección *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia* que con selección y notas del Ing. Jorge L. Tamayo, ha editado la Secretaría del Patrimonio Nacional (1a. Edición, 1964, reimpresión 1971), aparece la reproducción de otra copia certificada expedida en 5 de julio de 1821; que, según se dice, mandó sacar el propio señor Juárez (seguramente para poder matricularse en el Seminario Pontificio de la Santa Cruz en Oaxaca), cuyas variantes consisten, básicamente, en que se señala el carácter de vicario del Sr. Puche y que el bautizado había nacido la víspera.

Enclavado en una de tantas vertientes de la Sierra de Ixtlán se encuentra San Pablo Guelatao, a la sazón con veinte familias alojadas en primitivas chozas de zacate y paja, levantadas junto a una poza pomposamente llamada "la laguna encantada", eufemismo que justifican los vecinos al afirmar que el nivel de sus aguas de color cambiante no varía ni con las lluvias ni con el estiaje. Lo mejor de la aldehuela es su paisaje que asemeja un proceloso mar, dadas sus incontables montañas, barrancas y vertientes, teñidas con las distintas tonalidades del verde, producto de su vegetación heterogénea y exhuberante que aromatiza el ambiente con su fragancia.

San Pablo Guelatao se encuentra a 1804 metros sobre el nivel del mar y dista cincuenta y nueve kilómetros, aproximadamente, de Oaxaca: Huaxyacac, el reducto azteca establecido a fines del siglo xv por las mesnadas del rey Ahuizotl, que como antes las de Ilhuicamina y de Atzayácatl, recorrían la mixteca hasta llegar a Guatemala, así se fundó, a la sombra de los huajes, Oaxaca, que después sería, temporalmente, Antequera, donde habría de educarse el autor de la segunda independencia de México.

En los albores del siglo pasado, Oaxaca la antigua Huaxyacac, como la llaman los mexicanos, o Nunduvua o Ñuunduvua como antes la denominaron los mixtecos, o Lolo, Loolaha o Lu-laa como al inicio la nombraron los zapotecas,<sup>3</sup> registraba una deteriorada situación socio-económica; la provincia no se había llegado a precisar geográfica y políticamente, sino hasta 1787 al quedar implantado el sistema de intendencias dispuesto desde el año anterior, aun cuando desde 1536 se le había dividido en alcaldías mayores y corregimientos, que venían a ser una especie de provincias menores, Antequera, en su carácter de la más importante alcaldía mayor de Oaxaca, había fungido en la práctica como la capital de la provincia, que en el ámbito religioso constituía una diócesis cuya jurisdicción no sólo comprendía Oaxaca sino se extendía hasta Alvarado y Coatzacoalcos.

El deterioro económico oaxaqueño ya databa del siglo xviii y al respecto señala el historiador José Antonio Gay:

<sup>3</sup> El vocablo zapoteca loolaha significa donde empiezan los guajales; la lengua mixteca también conoció la voz Nuuduvua que quiere decir enfrente de los guajales; Ñuunduvua significa, al igual que Nunduvua tierra o lugar de guajes; en náhuatl el vocablo Huaxyacac significa donde comienzan los guajes. Francisco de Burgoa nos da su versión acerca de la denominación, en su geográfica descripción cap. XXXVII, p. 397: "...y se puso el altar portátil debajo de un árbol grande que echa, una vainillas muy coloradas, y dentro una semilla de malísimo olor y muy caliente cómo la los indios, con el agua de chile, y llámanla los mexicanos guaje, y por esta planta y primer plaza, que ocuparon, pusieron a esta ciudad. Siendo villa, nombre de Guajaca, y después Antequera, y después ciudad, por lo que se parece en el sitio y vecindad a la de noble Andalucía..."

Verdaderamente acosados estaban entonces, no sólo los sacerdotes, sino todos los oaxaqueños, como el resto de la nación, por los innumerables préstamos, tributos, pensiones, donativos y exacciones de distintos nombres y clases, que servían para cubrir los cuantiosos gastos de la guerra que España sostuvo entonces con Inglaterra y Francia. El tributo ordinario era de dos pesos por año para los indios y de tres para los negros. Aparte de esta erogación, frecuentemente recibían excitativas, así del obispo como del intendente, para que con la mayor eficacia promovieran la reunión de caudales por medio de donativos espontáneos. En una de estas ocasiones se señalaba la cuota de dos pesos para los indios, de cuatro a los españoles y de tres para las otras castas. En otra ocasión, después de reunidas gruesas cantidades de las cuantiosas dádivas que había hecho personas acomodadas, no satisfecho el virrey, escribió al obispo Sr. Ortigoza indicándole que también podían contribuir los pobres con su parte, aunque sólo fuera ésta de un peso, con tal de que brevemente se reuniese una suma crecida. El comercio, el ejército, los empleados civiles, los particulares y el pueblo todo, después de satisfecha una contribución, eran de nuevo estrechados a desembolsos que los más obsequiosos se comprometían a repetir anualmente. Así es que, en el decenio transcurrido desde 90 a 99, sólo de donativos hubieron de salir de Oaxaca, ya con destino a España, ya para el sostenimiento de las tropas de México, otros 40,000 pesos. Esto unido a las obveniciones, diezmos y derechos de estola que los indios pagaban a los curas, y las cantidades que inicualemente les arrancaban los subdelegados, constituía una verdadera calamidad, que pesaba sobre la clase más desvalida del pueblo, devorando prontamente su miserable fortuna. Además, ¿cuántas y cuán crecidas sumas no perecieron en el famoso banco de San Carlos? Sesenta y tres pueblos del Estado, animados con la esperanza de ficticias ganancias, enviaron 19,025 pesos. Tepeji de las Sedas exhibió 8,000, y así otros muchos, quedando todos privados de los fondos que habían tenido con fatigas y sudores inmensos.<sup>4</sup>

Pero no eran estas las únicas calamidades sufridas por Oaxaca, según señala Gay:

<sup>4</sup> Gray, José Antonio, *Historia de Oaxaca*. 2a. ed., Oaxaca Ediciones del Departamento de Educación Pública del Gobierno del Estado, Talleres Tipográficos del Gobierno, 1933, t., segundo pp. 260 y 261.

A este grave mal hay que reunir otros dos: la peste y los terremotos que afligieron entonces bastante a Oaxaca. La peste de viruelas hizo sentir sus estragos en el año de 79, siendo sus primeras víctimas abandonadas por sus deudos, según la costumbre, en las puertas de San Francisco y otros templos. Se trató de formar un cementerio general, disponiendo para ello del antiguo templo, ya en ruinas, del Señor de la Coronación; mas no se llevó a efecto. En el cementerio de catedral se abrieron fosas profundas, y así en otras iglesias, para sepultar los cádaveres de innumerables seres humanos horriblemente deformados por esta asquerosa enfermedad. El Sr. Mayorga para demostrar su agradecimiento a la ciudad por el magnífico recibimiento que le había hecho cuando pasó, viniendo de Guatemala, para ir a tomar las riendas del virreinato de México, hizo cuanto estuvo en sus manos por aliviar la desgracia que pesaba sobre ella, destinando entre otros auxilios, en favor de los apesados, los fondos de los registros de granas. en 1784, sin duda como resultado de la perturbación y desorden que se habían comenzado a notar en los elementos, especialmente de las extemporáneas y rigurosas heladas, se desarrolló una peste de dolores pleuréticos que perseveró dos años haciendo numerosas víctimas. Como lejos de ceder se exacerbaba esta dolencia con el tratamiento en uso, se buscó algún otro remedio que al fin se encontró en una hierba de la tierra. El año de 86 se propagó por la Costa Chica, comenzando en Ometepec, una extraña peste de que los acometidos morían instantáneamente, ignorándose sus causas, y siendo lo más sensible que en los años siguientes no hubiese desaparecido del todo, pues aún periódicamente hace estragos en aquella comarca. Los temblores fueron terribles el año de 87. El 28 de marzo de este año, a las doce del día, se sintió un espantoso movimiento que duró cerca de cinco minutos, repitiendo en la tarde y en la noche con sacudimientos varios. En Acapulco también se sintió. El mar se vio correr en retiradas, y luego crecer y rebosar sobre el muelle, repitiéndose esto varias veces por espacio de veinticuatro horas, al mismo tiempo que la tierra se cernía con frecuentes terremotos. En la playa abierta salieron de caja las aguas del mar, derramándose con fuerza y arrastrando entre sus ondas gran cantidad de ganado que pereció.

Algunos costeros, como el mayordomo de la hacienda de D. Francisco Rivas, regidor de Oaxaca, pudieron salvar sus vidas encaramándose en los árboles hasta que se retiraron las aguas. Algunos pescadores, en la barra de Alotengo, a las once horas de ese día, vieron con asombro que el mar se retiraba, dejando descubrier-

tas, en más de una legua de extensión, tierras de diversos colores, peñascos y árboles submarinos, y que retrocediendo luego con la velocidad con que se había alejado, cubría con sus ondas los bosques de la playa en que se internó más de dos leguas, dejando entre las ramas de los árboles, al volver a su caja, muchos y variados peces muertos; algunos de los pescadores perecieron, y otros pudieron salvarse muy estropeados. Hasta el 3 de abril se habían contado treinta y cinco terremotos en Ometepec. En Tehuantepec arruinó el mismo temblor la iglesia del barrio de San Sebastián, rompió los muros del templo principal y fue acompañado por espantosos rugidos del mar, que arrojó a la playa peces y conchas de extraña figura.<sup>5</sup>

Y para terminar de describir la difícil situación oaxaqueña, Gay señala:

A estas calamidades enviadas por el cielo había que agregar algunas otras penalidades preparadas por la mano de los hombres. España, que en épocas no lejanas brillaba en la cumbre del poder y de la gloria, ahora resbalaba en una pendiente cada vez más rápida: el que rige a los destinos de las naciones la encontró culpable, y si no resolvió eliminarlas de la Tierra, si le señaló un castigo terrible con que expiase sus pasadas faltas: empujada, pues, por su destino, caía de un barranco a otro, precipitándose en una gran ruina, y haciendo participar de sus penalidades y miserias a las colonias más lejanas. Enredada en las mallas de una política inepta, se comprometía cada día más, envolviéndose en guerras, ya con Francia, ya con Inglaterra, funestas para ella y más aún para las provincias de ultramar. Ya hemos visto cómo los excesivos gastos de la metrópoli obligaban a los virreyes de México a multiplicar las gabelas empobreciendo a los pueblos, al mismo tiempo que el comercio se enervaba y se paralizaban los giros más importantes por las mismas causas, pues Oaxaca, cuya riqueza principal era la grana, veía con tristeza muchos miles de zurrones detenidos en Veracruz por falta de buques que los condujesen a su destino.<sup>6</sup>

Por su parte José María Bradomín, afirma en relación a Oaxaca:

Por lo que se refiere a la economía de la provincia durante el coloniaje, ésta, desde luego, quedaba controlada y regulada por la se-

<sup>5</sup> *Idem*, t., Segundo. pp. 261 a 263.

<sup>6</sup> *Idem*, t., Segundo p. 266.

rie de medidas impuestas por la corona española en beneficio exclusivo de la metrópoli. . . , pero llegaron a ser tan exorbitantes los tributos impuestos a la industria y de tal género los abusos de los encomenderos que los indígenas prefirieron destruir los plantíos y acabar con las crías, en señal de protesta contra tan inicuas extorsiones. Solamente la industria de la grana, de la que fueron los principales productores Miahuatlán y Nochixtlán, continuó subsistiendo hasta los días de la independencia, y su ejercicio fue tan lucrativo que en un término de cincuenta años produjo una utilidad líquida de noventa y dos millones, treinta y cinco mil trescientos sesenta pesos y seis reales, fuera del pago de impuesto y del correspondiente al flete a Veracruz.<sup>7</sup>

En ese estado de cosas y en tales circunstancias, se encontraban los lares oaxaqueños cuando nació, en el ocaso del coloniaje, el que había de ser el consolidador de México y benemérito de América: Benito Juárez, quien inicia su vida en las más adversas condiciones: en el seno de una desvalida familia indígena —la clase más expoliada de la colonia— que tres años más tarde había de quedar en la orfandad absoluta, moradora de un punto recóndito, casi inaccesible, de la abrupta sierra de una apartada provincia que, dominada por un clero ultramontano e intolerante, formaba parte de una colonia cuya oligarquía se negaba a dar paso a las reformas mundiales, porque dependía de una metrópoli, cuyo estancamiento, ignorancia y decadencia la distinguían del resto de los países del viejo mundo.

<sup>7</sup> Bradomin, José María, *Monografía del Estado de Oaxaca*, 2a. ed., México, 1980, p. 210.